

# LA PEDAGOGÍA EN EL TIEMPO, y la investigación en el ahora

Por: **Orlando Enar David Solarte**

*Licenciado en Filosofía y Teología, Universidad Mariana*

*Magíster en Etnoliteratura, Universidad de Nariño*

*Docente del Departamento de Humanidades,*

*Universidad Mariana - Pasto, Colombia*

[enards2000@yahoo.com](mailto:enards2000@yahoo.com)

*Fecha de recepción: diciembre 4 de 2008*

*Fecha de aprobación: febrero 9 de 2009*

## RESUMEN

La pedagogía es uno de los grandes pilares de un maestro-investigador. Desde el pensamiento griego el ser humano siempre ha estado indagando sobre los retos que el educador debe enfrentar en su labor didáctica, y para ello el conocimiento es una de las fases fundamentales para profundizar en el campo investigativo, para llegar a descubrir el conocimiento del conocimiento.

## PALABRAS CLAVES

Pedagogía, investigación, pensamiento griego, conocimiento, pensamiento y dialéctica.

## ABSTRACT

Pedagogy is one of the main teacher- researcher pillars. Human being has been always inquiring about challenges that educators must face during his didactic work taking Greek thought as the base of this duty. Key stages of this process involve all knowledge that can be used for going deep into the research field whose main goal is to find out the knowledge of the knowledge.

## KEY WORDS

Pedagogy, research, Greek thought, knowledge, dialectic



Uno de los factores destacados de la educación es, sin lugar a dudas, su recorrido desde los inicios de la pedagogía, instaurada por grandes corrientes de pensamiento, especialmente en la antigüedad. Los filósofos de esta época estaban dedicados a la enseñanza de sus discípulos quienes, a través de un largo proceso, lograban los objetivos fijados por sus maestros: descubrimiento del valor del ser humano y de su ser como persona en sociedad; reconocimiento de la razón autónoma con criterios originales, por medio de una inteligencia crítica; creación del orden espiritual y social, la ley y su reconocimiento en la naturaleza y en la humanidad; invención de la vida dentro de la polis, del estado y de la organización política; formación de la libertad individual y política dentro de la ley y el estado, invención de la poesía épica, de la literatura trágica, de la historia, de la literatura dramática, de la filosofía y de las ciencias físicas; reconocimiento del valor decisivo de la educación en la vida social e individual, y principio de competición y selección de los mejores en la vida de la educación.

Este prospecto de ser humano en la educación fue el reflejo de proyecciones pedagógicas acordes con un tiempo y un contexto, que desde ópticas, incluso antagónicas, desde pensamientos y diferentes hacían del proceso educativo un camino marcado por ideas que impactaban los contextos personal, social, familiar y político.

---

Cabe resaltar dentro de este desarrollo de la educación y la pedagogía la obra magnífica realizada por los sofistas tildados, desde una perspectiva maliciosa y un tanto desatinada, como los maestros de la doxa, de la demagogia y la retórica. Si bien es cierto que algunos errores son característicos de estos pensadores que, por su locuacidad se insertaron en contexto no fundamental en su estructura filosófica, son los primeros que actúan en pro de lo que comúnmente podríamos llamar pedagogía. Su estilo fue único al reconocer en el otro la avidez del conocimiento para fortalecer el don de la palabra en su discurso filosófico. Con los sofistas, concretamente en tiempos de Sófocles, se inicia un movimiento espiritual importante para la posteridad: es el origen de la educación en el sentido estricto de la palabra: paideia, vinculada a la más alta areté humana; su manejo debía ser distinto para las clases aristocráticas y para los campesinos o para los ciudadanos de la polis. Los sofistas son considerados los fundadores de la ciencia de la educación, pues ellos pusieron los fundamentos de la pedagogía y la formación intelectual. Los sofistas pueden calificarse como humanistas por haber sido los creadores del concepto de cultura.

Los sofistas se consideraban a sí mismos, antes que nada, pedagogos. Aunque en el plano epistemológico eran relativistas, incluso escépticos, los sofistas estaban convencidos de su capacidad para transmitir conocimientos en todas las ramas del saber humano. Estos saberes constituían una educación integral que permitiría a los jóvenes desenvolverse con éxito en las diferentes instancias políticas abiertas a la participación ciudadana en la Atenas de entonces. Su promulgación del conocimiento y su decisión por transmitir su saber es indiscutible; su capacidad para acoger a quien quería aprender, es un aspecto muy rescatable en el carácter procesual de su pedagogía.

La dialéctica es un concepto que desde antiguo ha estado vigente durante el desarrollo de la filosofía y la pedagogía, asociándose en una primera instancia la palabra ó razonamiento.

Al dividir la palabra encontramos que el prefijo *dia* expresa una idea de reciprocidad o intercambio, lo que nos lleva a inferir que apunta a la *conversación* o a la *discusión*.

Este proceso netamente humano conlleva a reflexionar que la dialéctica, en su entorno social y comunitario,

confluye a relacionar la palabra y el razonamiento en el diálogo. Por ello, la dialéctica es el arte de la palabra; es la que hace comprender y razonar por medio de un convencimiento claro y preciso y, por lo tanto, abarca el arte de la demostración y de la refutación.

Estos antecedentes históricos han permitido caracterizar a la persona dialéctica como alguien que sabe organizar sus ideas y planteamientos en un orden lógico, para expresar con coherencia y sentido lo que realmente se quiere expresar; por ello su fundamento racional recae en el saber disertar y en el saber llegar a una conclusión o discernimiento, tanto de lo verdadero como de lo falso.

Este análisis permite afirmar que la dialéctica está íntimamente relacionada con la lógica, ya que sus inflexiones son una coherencia proposicional que se desarrolla mediante juicios asertóricos, que conducen a la verdad de un hecho que se da mediante conjeturas reales y propicias del ser humano.

Muchos son los filósofos que se han detenido a razonar y a reflexionar sobre este contexto, y su mirada siempre ha estado fijado en la representación de un todo integrado que conlleva a una verdad lógica a través de un discurso lógico del ente pensante.

Esto ha ocurrido desde Sócrates quien, mediante el arte de dar a luz las nuevas ideas, concretó un estilo de dialéctica propia, original e idónea en la pedagogía de aquel entonces; consigue argumentar este hecho aduciendo que aquel hombre que encuentra la virtud es el hombre que llegará a conseguir definitivamente la verdad. Sócrates fue un sigiloso filósofo que creía no saber nada, para dejar a su interlocutor hablar y exponer sus principios y planteamientos; y en esta acción pasa de un sujeto activo a un sujeto pasivo, aplicando desde ya un método que va de lo general a lo particular (deductivo) y viceversa, un método que va de lo abstracto a lo concreto y viceversa.

En este sentido, la dialéctica platónica es ante todo una dialéctica y una pedagogía socrática; pero su esencia va más allá del hecho mayéutico que se queda en la acción discursiva. Para Platón el hecho prioritario se enmarca dentro del aspecto metafísico que le es propio en su contexto filosófico.

Para Platón, *“los objetos individuales que nos hacen conocer los sentidos, sólo poseen un ser que participa y, comparados al ser del cual participan, únicamente son sombras. La única realidad digna de este nombre está en las ideas del mundo inteligible, tipos universales de quien todo lo que existe posee su ser y de donde nos provienen también las ideas generales gracias a las cuales edificamos la ciencia, al igual como las que nos son necesarias para expresar juicios de valor sobre la actividad humana o sobre la organización de la sociedad”* (Paul Foulquie)

Su estilo filosófico siempre se identificó con el aspecto político, y en su obra *La República* expresa su deseo de ver gobernada a la polis por un rey filósofo a quien, por su racionalidad y coherencia, se le da la facultad para dirigir de manera justa un estado, ya que él tiene la virtud de la sabiduría. Dentro de este campo, el buen filósofo está llamado a elevarse a las ideas supremas que se manifiestan en lo más profundo del espíritu y que se accionan por medio de la razón y por medio del campo dialéctico; por eso este campo es el arte o conjunto de los procedimientos por medio de los cuales el espíritu se eleva a las ideas del mundo inteligible.

Reforzando estas palabras el mismo Platón, en su obra *La República*, nos dice: *“de esta manera, cuando el hombre intenta por la dialéctica, sin la ayuda de ningún un sentido, pero por medio de la razón, alcanzar la esencia de cada cosa, y que no se detiene de ningún modo antes de haber comprendido sólo por la inteligencia la esencia del bien, consigue llegar al confín de lo inteligible, como lo otro, hace poco, llegaba al confín de lo visible”* (Libro VII)

Metafísicamente, Platón concibe que en el alma del hombre hay tres partes, y que éstas son muy análogas al estado; estas partes se determinan así: hay una parte con la que el hombre conoce; otra, con la que se encoleriza y, una tercera, a la que, por su variedad, no fue posible encontrar un nombre adecuado. Estas partes del alma son inherentes al hombre y, para entender cómo éstas también se dan en el estado, se determinan como: la concupiscente en la que se asume que el placer es la ganancia (“riquezas”); la irascible que conduce a la dominación, a la victoria y al deseo de gloria; la razón que es la que siempre tiende a conocer la verdad, sin importar la reputación y las riquezas que esto proporcione; y por esta exclusividad que tiene la

razón es digna de llamarse con toda justicia amante de la ciencia y del saber.

A partir de esta explicación de las tres partes del alma se estipula que tanto la concupiscencia como la irascibilidad no son las indicadas para el gobierno de un estado, pues éstas van muy ligadas a las formas de gobierno oligarca, tirano, demócrata y timocrático. Por ello la solución de Platón para alcanzar las virtudes éticas en la ciudad-estado, es el dirigir y gobernar la polis con el fundamento del alma racional del hombre, porque es aquí donde se plantea el Estado ideal dentro del cual la ética, la justicia, la pedagogía del gobernar y el saber son la génesis de las relaciones humanas, para proyectar la idoneidad y coherencia tanto en el decir como en el practicar, para que con todos estos fundamentos se alcance el sentido verdadero del conocimiento en sus distintas manifestaciones.

En efecto, estos antecedentes del pensar griego ponen de manifiesto a un ser humano dotado de una razón, de un pensamiento, quien para llegar a la veracidad de lo que se desea conocer, debe comenzar por examinar lo que encuentra a su alrededor, en su entorno social, para así afrontar el conocimiento del conocimiento con lucidez y claridad en el contexto determinado en donde el sujeto se encuentre como ente pensante.

El problema capital al cual se enfrenta el conocimiento, a partir del cuestionamiento griego, parece ser aún desconocido, ya que la mente humana se ha limitado a observar los contextos individuales, por lo cual, para renovar y cambiar esa inspiración, se debe inspirar en los conocimientos globales y generales, para que, partiendo de este acontecimiento, inscriba allí los conocimientos parciales y locales, para no sesgar ese mismo conocimiento dividido en varias partes, es decir, fragmentado un conocimiento según las disciplinas a las cuales se dirige dicha percepción.

Si se actúa en relación a la parte y al todo, el ser humano generará un conocimiento capaz de aprehender los objetos en sus contextos, en sus complejidades y en su conjunto. A decir verdad, lo importante de este contexto es la utilización de métodos que permitan aprehender las relaciones mutuas del mundo complejo.

En este sentido el ser humano, al igual que el mundo en el que convive física, biológica, psíquica, cultural, histórica y socialmente, son unidades complejas y, por

---

ende, difíciles de descifrar a través de un proceso intelectual individualista; se requiere conocimiento y conciencia para descubrir la identidad compleja que cada ente guarda en su ser.

Es necesario, pues, reunir y organizar los conocimientos que se encuentran dispersos, aislados en la esencia del macrocosmos, y mostrar la unión inseparable entre la unidad y la diversidad de todo lo que significa pensar en el uno y en el otro, para de esa manera tener un encuentro desde diferentes perspectivas y enrolar su metacognición en pensamiento que lo acerque al mundo de la investigación.

La investigación, como toda acción teórico-práctica, se debe relatar dentro de un contexto determinado donde actúen sujeto y objeto. Esta resignificación de los conceptos que el ser humano intenta descubrir con el transcurrir de su existencia, hace de su ser una entelequia para proseguir su búsqueda en el quehacer investigativo.

Son diferentes los tópicos reflexivos que llevan al investigador a descubrir pensamientos y conocimientos: la realidad propia y la realidad del otro; realidades que nos hacen diferentes, pero dentro de un esfuerzo común hacia el logro de una retroalimentación textual y contextual que permita la resignificación de conceptos dentro del proceso investigativo. Todo concepto, en esencia, se debe digerir y aprehender en un marco conceptual definido, para así ligar todos los preconceptos que, como entes pensantes, poseemos a la hora de resignificar ese mismo concepto.

La teoría en el campo investigativo es un hecho real y apoteósico que se debe formular dentro de la acción textual. Escribir, visualizar, definir y reconceptualizar, son acciones finamente asimiladas con un proceso rico dentro de la hermenéutica textual, que hace que el sujeto aprehenda un itinerario para conceptualizar diferentes teorías en pro de un camino que debe conducir definitivamente a una praxis, la cual se debe determinar a partir de juicios posteriores del conocimiento.

La construcción del pensamiento epistémico es un quehacer que el ser humano realiza en la medida que piensa, existe, piensa, ríe y llora; es una acción de continuidad, de firmeza y de ejecución cognitiva.

Este ejercicio constante ha llevado al convencimiento de que la capacidad del hombre es un proceso de pensamiento y de conocimiento que debe mirar y observar el pasado, para así efectuar una crítica o autocrítica; los hechos y acciones anteriores deben ser el prototipo de nuevas corrientes y discernimientos que se reflejan en un contexto determinado. No todo puede ser; si llega a ser es por que se ha reflexionado con profundidad hacia el encuentro de verdades que conllevan a conjeturas existenciales concatenadas en espacios de razón y con significaciones relevantes que deben conducir nuevamente en la posteridad a una resignificación del problema epistémico.

Así, esta redefinición del problema gnoseológico hace del sujeto un continuo artífice cognoscente ante realidades determinadas; no sólo conozco lo que observo a través de mis sentidos exteriores sino que mis sentidos internos son los que de manera mediata transforman el conocimiento en verdades epistemológicas, que no siempre pueden llegar a ser una verdad; en este sentido, la capacidad de cuestionamiento, interrogación y pregunta son los factores que van a relacionar la construcción del pensamiento, hacia conocimientos que estaban escondidos y que se expresarán en un tiempo determinado.

Esta estructuración, se asemeja a una concordancia dialéctica entre el sujeto y el objeto, donde uno es el que aprehende y lo otro es lo aprehendido. Todo parte de sofismas, proposiciones, frases y argumentaciones que, con la acción de resignificación de los conceptos, forjará ese quehacer meramente epistémico.

Este contraste que alegra el espíritu por el conocer, lo desmitifica Descartes en su alocución en el marco de su famoso discurso del método: *“estas largas cadenas de razones, todas simples y fáciles, de las que acostumbra a servirse los geómetras para llegar a sus más difíciles demostraciones, me habían dado la ocasión de imaginarme que todas las cosas que podían caer bajo el conocimiento de los hombres, se implicaban ellas mismas de la misma forma, y que, con tal que solamente uno se abstenga de considerar alguna por verdadera que sea, y guardando siempre el orden que es preciso para deducirlas las unas de las otras, no puede existir de tan alejadas, a las cuales por último no se llega ni de tan escondidas que no se descubren.”*

Descartes, en su magna obra, retoma como punto importante la duda metódica, que siempre resulta importante forjar la incertidumbre en el investigador para así desarrollar pensamientos nuevos e innovadores que conduzcan a cristalizar y dar solidez a una razón por otra razón. En este sentido la duda, la incertidumbre y el escepticismo hacen del investigador un ser humano insatisfecho que no se contenta con lo que aparentemente sabe y conoce. Desde esta perspectiva, estos postulados lo obligan de manera significativa a cambiar y transformar lo que ya está, lo que se concibe como teoría, que saliéndose de la norma, el esquema, la metodología y la técnica, categorizará un sinnúmero de significaciones y conceptos con el fin de moldear el eje del pensamiento epistémico, que no es otra cosa que interrogar y preguntar a lo que ya está escrito como tesis, para que desde allí se formulen nuevas hipótesis y así, a través de problemas, dilucidar lo que se quiere conocer.

Estas reformulaciones obligan al investigador a hacer uso de los instrumentos conceptuales, es decir, a redefinir lo que ya está definido para así permitir la posibilidad al nuevo conocimiento en pro de una construcción de relación con la realidad latente, la que lo obliga a pensar y meditar, y hallar el nuevo problema que de manera directa construye el nuevo concepto.

En este sentido, es importante que el investigador se sumerja en lo que conoce y en lo que desconoce; el verdadero conocimiento sólo se concretiza si nos detenemos a pensar y reflexionar sobre lo acontecido. Es menester, desde esta óptica, que cada ser humano amante del verdadero saber, se interiorice y se cuestione sobre lo que el pensamiento epistémico traduce a la realidad cognoscente; es necesario que profundice y se zambulla en el concepto. Es propio de un verdadero epistemólogo que, con esfuerzo y dedicación, entre a formar parte de los que hoy en día originan y afianzan el conocimiento.

## BIBLIOGRAFÍA

FRAILE, Guillermo. Historia de la Filosofía. Biblioteca de Autores Cristianos. Segunda Edición. Madrid: 1965

HESSEN, Juan. Teoría del Conocimiento. Ediciones Universales. Bogotá: 1981

HIRSCHBERGER, Johanés. Historia de la Filosofía I. Editorial Herder. Barcelona: 1968

O´CONNOR, D. J. Historia Crítica de la Filosofía Occidental I. Editorial Paidós. Buenos Aires: 1967

TORRENS, Arrillaga. La Naturaleza del Conocer. Editorial Paidós. Buenos Aires: 1987